

## Teresa Pàmies

Rio cuando le conté la historia de la señora convaleciente de una larga enfermedad que cogió un libro y, como muchas otras tardes, fue a leer al parque Cervantes, en Barcelona. Tomó asiento en un banco en el que estaba sentado un señor que leía un periódico. La señora dejó el libro a su lado, el caballero miró el título, se levantó y se marchó.

Pasadas un par de horas, antes de volver a su casa, la mujer decidió dar una vuelta por el parque. En un sendero vio al señor que había estado sentado a su lado y que ahora estaba sentado en otro banco. Al ver aproximarse a la mujer, el hombre se marchó, a paso rápido, sendero adelante. A la señora le llamó la atención la extraña actitud del caballero. Unos metros más adelante, ella giró la vista para observar al hombre y vio que, de pie junto a un árbol, también la observaba.

Le quedó grabado el rostro de aquel hombre. Tanto que, cuando el país se normalizó y vio en los diarios la foto de López Raimundo, secretario general del Partit Socialista Unificat de Catalunya, exclamó: «¡Es el señor del parque!».

Entonces comprendió: el libro que había dejado a la vista del hombre era *Testament a Praga* y su autora, Teresa Pàmies, era la pareja sentimental del líder comunista. El hombre, que vivía en la clandestinidad, interpretó aquel gesto casual como un mensaje cifrado, un señuelo.

Teresa salió de España en 1939. La conocí en 1971, cuando con ese libro ganó el premio Josep Pla. Vivía en París y cuando Josep María Huertas y yo le preguntamos si era la pareja de López Raimundo lo negó como san Pedro: tres veces. A su pueblo, Balaguer, había vuelto un par de días en

1958. Lo hizo, nos contó, porque quería revivir el mundo de su juventud. El fugaz regreso fue un fracaso.

—Nunca se debe volver a los sitios en los que se ha sido feliz porque tus recuerdos están parados en un tiempo preterito y ni las cosas, ni los lugares, ni las gentes que encuentras son iguales a lo que tú habías dejado, y eso decepciona. «Nunca debes volver al sitio en el que fuiste feliz». Eso decía también la protagonista de una hermosa película. Quizás Teresa la vio. Teresa era una gran aficionada al cine.

—Me encanta llorar en el cine... ¿Viste aquella película en la que a la salida de la librería la pareja choca y caen al suelo los libros que llevan en las manos y al agacharse los dos a recogerlos no se dan cuenta de que han intercambiado los libros que él iba a regalar a su mujer y ella a su marido y entonces... —y Teresa me siguió contando la película y habló de los ojos de Montgomery Clift, del glorioso cuerpo de Rita Hayworth, del Robert Jordan de *Por quién doblan las campanas*...

Comunista desde su juventud, vivió un largo exilio y una difícil relación sentimental, por clandestina, con su pareja. Era sensible, tierna, pero los años difíciles le habían blindado con unos duros rasgos de carácter. Era dura incluso con ella misma. Cuando se legalizó el comunismo y sus dirigentes se embarcaron de crucero en un yate del empresario Sebastián Auger, Gregorio López Raimundo tuvo que soportar al regreso una bronca de Teresa:

—Todos los años de clandestinidad, de vida difícil, dura, los has tirado por la borda de ese yate de mierda. ¿Qué clase de comunista eres tú?

Cuando muchos años después Gregorio murió, Teresa le despidió con un libro, *Informe a un difunto*, que me explicó que había escrito sorbiendo lágrima tras lágrima. Había en el

libro mucho cariño y no había nada, nada, nada de autocompasión en el repaso a la difícil vida en común de un dirigente disciplinado, cordial, bien vestido, y una esposa díscola en el hogar y en el partido.

—Pese a nuestras muchas discrepancias nos quisimos porque nos unía lo esencial, el cariño, que es algo diferente al amor. El amor sirve para todo. Todos dicen te quiero, pero creo que hay diferencia entre amor y cariño. El cariño sale de más adentro y, a veces, incluso te puedes enfadar por cariño con la persona que quieres. No sé si el cariño es más sólido que el amor, pero sé que es más profundo. Porque hubo cariño entre los dos nunca estuvimos más unidos que cuando entró, ya hospitalizado, en el periodo final de su vida. En esos momentos debes demostrar el afecto que sientes por la persona a la que has dicho querer miles y miles de veces. El difícil momento de la incomunicación con la persona que pierde sus facultades físicas y mentales es el gran problema que deben afrontar las personas que le quieren. «Cogéle de la mano, Teresa», me decía su médico. Y yo no le solté la mano hasta el final.

Un día, la fiel militante comunista me hizo un regalo: los veintitrés folios originales de su conferencia sobre santa Teresa de Jesús.

Leí:

En la obra y talante de la carmelita aflora una inmensa piedad por las más débiles, las melancólicas, las histéricas, las flacas de imaginación. Había visto de cerca el cúmulo de miserias causantes de la desazón, las depresiones —diríamos hoy— que conducen a tantas mujeres a la locura o al suicidio. Para las mujeres, no sólo para las monjas, deseaba Teresa de Jesús el gozo interior, el castillo donde hallar sosiego, compañía y no vigilancia: deleites para el cuerpo y

el espíritu, a salvo de la rutina embrutecedora y de las leyes inventadas por y al servicio de los hombres. La reivindicación del placer y de la libertad es el hilo conductor que lleva, a través de las siete moradas, al espacio ficticio donde expresarse. Teresa de Ahumada sabía, por experiencia propia, cuánta voluntad, coraje, amor, imaginación y generosidad requería llegar al castillo.

Gregorio siempre me decía:

—De verdad, José, que quiero dejar la política para dedicarme a Teresa.

Nunca la dejó. La política configuraba el ADN de Gregorio, que tenía un sentido del humor lo suficientemente desarrollado como para poder decírnos, cuando junto con Vinader y Ramoneda le entrevistamos en la clandestinidad, que vivir oculto era duro pero tenía la ventaja de que la gente le quería porque no le conocía.

Hablé con Teresa por última vez cuando Gregorio hacía unos meses que había muerto. Conversamos, como tantas otras veces, en el comedor de su pequeño piso, junto a la mesa, justo frente al sillón en el que él se sentaba. Teresa me explicó que pese a ser consciente de que él ya no estaba, a veces le hablaba, «mira lo que dicen los periódicos, Gregorio [...] te cuento la película que he visto hoy, Gregorio [...], en el mercado, Gregorio, he escuchado a una mujer decir que...», el tú a tú de siempre, como hizo durante muchos años, cuando le traía desde la calle, desde el cine, desde el mercado, el oleaje del mundo.

No me sorprendió lo que me contaba. Se lo había escuchado hacía años a la viuda de Salvador de Madariaga y leí que la viuda del compositor Alain Berg le dijo lo mismo a Elias Canetti. En las conversaciones que los vivos mantienen con los seres queridos muertos ya no hay discrepancias: la per-

sona que vive, siempre recibe de la persona que ha muerto la respuesta que quiere escuchar.

—*Begin the beguine*» —dijo Teresa junto a la puerta del piso al darme el beso que sería el de la despedida definitiva.

A mediados del año 1999, Carmen me explicó por teléfono que una concatenación de errores médicos la había llevado a un estado crítico. Su voz había cambiado. Era una voz ronca, irreconocible, la que me dijo:

—Me muero, José.

Había estado enamorada de Fernando Serrano-Suñer Polo, hijo del que fue hombre fuerte en los primeros años del gobierno franquista. Cuando el noviazgo avanzó y se consolidó, la pareja vino a saber que su matrimonio era imposible porque eran hijos del mismo padre. Serrano-Suñer, padre de Fernando, había tenido una aventura amorosa con la marquesa de Llanzol. De esa aventura nació Carmen. Lo contaba con tristeza, pero también sin resentimiento. La vida da golpes inesperados, venía a decir. Sólo te pedía que no lo contaras. Eso ahora ya no importa porque ella lo acabó explicando cuando la vida se le escapaba a borbotones. Un amigo, Gregorio Morán, me contó que Carmen quiso ver a su padre antes de morir pero que el padre no fue a verla porque, alegó su círculo, era un hombre mayor al que podía afectarle el encuentro. Carmen murió a finales del 99. Sentí una profunda congoja.

## **Fernández Ordóñez**

Fueron los años de Carmen en La Moncloa y los míos en la calle y en la redacción, un tiempo vivido con esperanza y tensión. El país hervía y traía sorpresas. Una de ellas, que al